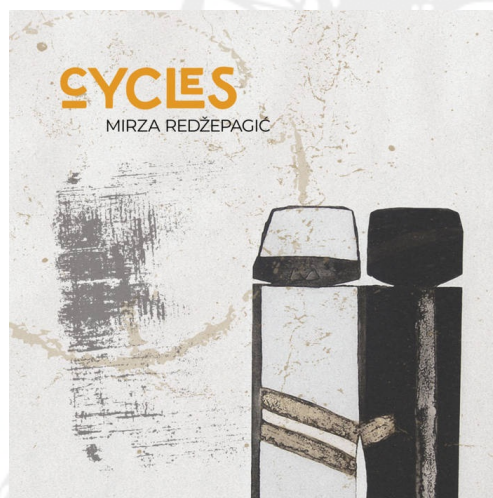


Reseñas discográficas

Mirza Redžepagić. *Cycles*. Rekord, 2024

José F. Ortega



«¿Qué es el flamenco?», fue la pregunta que, en cierta ocasión, nos plantearon a los participantes en una mesa redonda. Ingenuamente comencé diciendo: «La música que hacen los flamencos...». Y digo ingenuamente, pues no pude siquiera terminar la frase, ya uno de los colegas, muy leído él, saltó raudo como el rayo con este reproche: «No puede emplearse el término por el que se interroga en su definición». ¡Anda, y yo que no había caído! ¡Fíjate tú! Lo que, en un principio —barruntaba— iba a ser un diálogo plácido y constructivo, se tornó en un monólogo de sabio, pues yo me replegué en un discreto mutismo ante tal despliegue de feroz conocimiento. Y es que, claro, hay formas de animar el cotarro y también otras de cerrarlo de un plumazo. O de un latigazo verbal.

Lo cierto es que el flamenco o, mejor, los artistas flamencos, como si de fagocitos se tratara, se nutren y han nutrido de las músicas que han pasado por su vera, terminando por hacer suyas muchas de ellas, inoculándoles sus propios aromas, esencias y sabores. El flamenco —digamos— de raíz, tiene sus códigos, que musicalmente se plasman en el uso de unas escalas, unas armonías y unos ritmos y compases característicos. Y tiene, sobre todo, un catálogo de recursos interpretativos o prácticos —una forma especial de cantar, de bailar o de tocar la guitarra— que hacen que cualquier música que pase por la voz, las manos o los pies de un artista flamenco nos suene *flamenca*. Pero ¿ocurre esto a la inversa? Quiero decir, ¿nos sonaría *flamenca* cualquier *música flamenca* ejecutado por un *músico no flamenco*? (perdón por la reiteración).

Me viene a la memoria el caso de una magnífica guitarrista clásica, que se propuso incorporar a su repertorio una pieza flamenca de considerable dificultad. El resultado, realmente, fue un primor: todo estaba en su sitio, el sonido era bonito y redondo, bien articulado y matizado el

fraseo. . . pero aquello no sonaba a flamenco, a pesar de que la partitura era plenamente flamenca. Dicho esto, ¿importa mucho que algo suene o no a flamenco si suena bien?

Sirva esta pregunta retórica de puente a la razón de estas líneas, que no es otra que comentar, siquiera brevemente, el último disco del guitarrista checo Mirza Redžepagić, *Cycles*.

De origen balcánico, aunque afincado en Sarajevo, Mirza es uno de los precursores del arte flamenco en Bosnia-Herzegovina y representante de la Asociación Española de Guitarra Flamenca en los Balcanes. Como él mismo confiesa, no se considera un experto en flamenco, más bien un explorador, un músico versátil al que mueve un afán por ampliar sus barreras musicales y poder aunar diversas tradiciones, clásico, jazz, flamenco o maqam. El resultado es el disco que reseñamos, que no es propiamente un disco flamenco, pero en el que el flamenco tiene sus destellos, y luminosos, por cierto.

El álbum comprende 11 cortes: 1.º Salsavana; 2.º Ruzafa; 3.º Breeze of Delight; 4.º Windows; 5.º Letter to Eco; 6.º Aman Aman Metheny; 7.º Uzun Ince Bir Yoldayim; 8.º Taksim Hicaz Makam; 9.º Hicaz Saz Semai Garip; 10.º Uspavanka (Lullaby for Sarajevo); y 11.º Waltz for Ruth.

De sabor flamenco son, por ejemplo, el primer (“Salvasana”), envuelto en aires de bulería que alternan con otros de influencia afrocubana; el segundo (“Ruzafa”), una evocación del popular barrio valenciano en compás de tangos, en el que asoman algunos rasgueos y cierres característicos de este palo; O el tercero (“Breeze of Delight”), que arranca con una salida típica por alegrías. En estas tres piezas, Mirza va secundado por piano, saxo, bajo y percusión, instrumentos que se mueven en una línea más jazzística. En el quinto (“Letter to Eco”) —pieza de carácter intimista, escrita en recuerdo de un amigo del artista tempranamente fallecido—, descubrimos también un bonito y cuidado trémolo por malagueñas y alguna cadencia por soleá. Varios de los cortes restantes son homenajes —adaptaciones o recreaciones— a artistas como Chick Corea (“Windows”), Path Metheny (“Aman Aman Metheny”), el compositor turco Göksel Baktagir (“Hicaz Saz Semai Garip”), Charlie Haden y Arthur Hamilton (“Waltz for Ruth”) o el poeta, compositor e intérprete turco del bağlama, Aşık Veysel (“Uzun Ince Bir Yoldayim”). Por su parte, en el corte número 8 (“Taksim Hicaz Makam”), Mirza explora las sonoridades del maqam, en tanto que el número 10 (“Uspavanka”) es una bonita y sentida canción de cuna interpretada por dos guitarras y cuarteto de cuerdas.

En definitiva, un álbum nada pretencioso, de escucha fácil y agradable, con una mezcla nada empachosa de jazz, flamenco y música oriental, lo que genera un ambiente sonoro cálido y cercano, sin agresividad ni sobresaltos, algo muy necesario en los tiempos que corren donde sobran barreras, exabruptos y machadas.